

de Palma fluye espontánea. No creo que fuese deliberadamente anti-colonial, como ha expuesto Haya de la Torre y repetido Mariátegui, sino que *le salió* así, por irrespetuosa y zumbona: de otro lado, su amor a la imaginación le lleva a crear una ciudad ideal que nadie puede olvidar ya, sin que haya existido: la Lima de los virreyes. Esa es obra de Palma. En la literatura indoibera nadie pudo igualar a Palma, ni en la española. Partiendo de Bécquer, según se ha dicho, llega a campos opuestos. No me tienta el parecido con Estébanez Calderón, pues habría que usar el de Terencio, el de Quevedo, el de Rabelais y, mejor que todos, el de Ricardo Palma. Con todo lo cual llegamos a la conclusión de que leer este libro es, no sólo recreo, sino descubrimiento; y que la editorial Aguilar y Edith Palma merecen bien de todos cuantos se interesan por las letras, por las buenas y significativas letras.—LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.

■

<https://doi.org/10.29393/At324-26CDEO10026>

#### LA CANCIÓN DESESPERADA DE PABLO NERUDA: ITINERARIO DE ANGUSTIA

América es un continente triste, pero nosotros los chilenos, somos los más tristes de todos sus habitantes. Vivimos en un puente de cimbra construido de angustia y tendido peligrosamente entre dos orillas de angustia violenta: la cordillera y el océano. Todo intento de evadirse es imposible, porque llevamos nuestra geografía en las entrañas. Los Andes y el Pacífico, amarran sus raíces en nuestra raíz y más allá de nuestro último horizonte. Somos como esos barcos desolados que hacen agua, con la herida del vientre eternamente exacerbada por las brasas infinitas de la amarga sal marina. Y la verdad, nuestra auténtica verdad, es que no queremos libertarnos. Nuestra angustia nos retiene con extraña y siniestra ternura, como una madre morbosa o una amante enloquecida. La desesperación, ese desolado territorio vestido de infinitud, es nuestra dicha. La única forma de felicidad que somos capaces de concebir y apre-

ciar. Salirnos de la angustia, sería como salirnos de la vida misma, sin ella ya no sabríamos vivir, seríamos incapaces de sentir que vivimos.

“El río anuda al mar su lamento obstinado.  
Abandonado como los muelles en el alba.  
Es la hora de partir oh, abandonado”.

Voluptuosamente abrazados a nuestro lamento de silenciosa presencia, proyectando una partida que no es otra cosa que permanencia y retorno.

“Todo te lo tragaste como la lejanía.  
Como el mar, como el tiempo. Todo en ti fué naufragio”.

Sublime masoquismo. Encerrados en el infinito como en una cárcel, anhelamos sumergirnos más y más en él. Crucificarnos en el mar y en el tiempo—rostros del infinito—rebotante de ansia estremecida.

“Ansiedad de piloto, furia de buzo ciego  
turbia embriaguez de amor, todo en ti fué naufragio”.

La actitud angustiada de Neruda, es decir, nuestra desesperanza, nada tiene que ver y, aún más, es la antítesis de esa suave e inofensiva melancolía de rostro pálido, de ese placer de estar triste del romanticismo francés. Nuestro dolor es animal, eruptivo, tiene estructura de llaga y de lava.

“Ah, mujer, no sé cómo pudiste contenerme  
en la tierra de tu alma y en la cruz de tus brazos”.

“Oh la cópula loca de esperanza y esfuerzo  
en que nos anudamos y nos desesperamos”.

“Y la ternura, leve como el agua y la harina.  
Y la palabra recién comenzada en los labios”.

El amor es beso y bálsamo en el mismo segundo que es látigo y mordedura. Desesperadamente anudados, tratando de fundirnos. de refugiarnos, escondiéndonos en las entrañas de la mujer amada. Anhelantes, esperando, con nuestro mundo tenso como un arco, con nuestra piel erecta como una antena, acechando la vibración cordial que ha de salvarnos.

“De tumbo en tumbo aun llameaste y cantaste.  
De pie como un marino en la proa de un barco.

Nuestro barco, haciendo agua por los cuatro costados e irremediablemente condenado a naufragar coronado de algas. Y nuestra dicha efímera, agitando los jirones de su desgarrada bandera última de combate, mejor, de nuestra bandera de naufragio.

“El cinturón del mar ciñe la costa.  
Surgen frías estrellas, emigran negros pájaros”.

El mar, siempre el mar símbolo de angustia. Apretándonos el cuello con su cinturón de sal amarga, estrangulándonos las entrañas, clavado oscilando en nuestro interior como una espada que nos desgarrara con ritmo de ola. Penetrando en la sangre como algo extraño, pero tan nuestro.

“Abandonado como los muelles en el alba.  
Sólo la sombra trémula se retuerce en mis manos”.

Hemos llegado a la raíz de toda angustia: la soledad. Estamos abandonados, desamparados, perdidos en el entrevisto paraíso de nuestro infierno ilimitado. Ya no hay nada, nada en nuestra vida, nada en nuestras manos abiertas, excepto la sombra como una flor enferma vestida de crepúsculo. Ni siquiera podemos exponer nuestras ruinas, nuestro íntimo naufragio. Es imposible expresar lo in-

expresable. Sólo el poeta aun puede salvarnos, puede mostrarnos el último camino. Agarrémonos, pues, a su corazón y marchemos con él en viaje, desde la angustia hacia la angustia, para detenernos en el medio, en el centro vital, justamente en la mitad del alma de la angustia.

“Ah más allá de todo. Ah más allá de todo.”

Es la hora de partir. Oh abandonado!”.

EMILIO OVIEDO.

“LA BUENA MOZA Y EL TORO”, cuentos, por *Hernán Jaramillo*, Editorial Nascimento, Santiago.

Veinte cuentos de distintos motivos, de distintos ambientes y tendencias, integran este volumen de “La Buena Moza y el Toro”, del cual poco se ha hablado hasta aquí; y ese poco, de mala gana. No obstante el ponderado prólogo de Mariano Latorre; y no obstante los méritos innegables del libro.

Son veinte cuentos que, dentro de la diversidad de tendencias y argumentos, como dijimos, tienen una misma especial manera, en su forma; y en esta forma, una misma especial maestría. Maestría, no de retóricas ni donaires, y sí de precisa, pintoresca y amenísima expresión. Y no es únicamente el mero modo de hablar, de los personajes, y el mero modo de sucederse los hechos, lo que en los cuentos de Hernán Jaramillo está tan acertadamente expresado, sino también el modo de pensar de esos personajes, y la manera cómo se generan y suceden esos hechos. Y esto ya es algo más difícil de lograr.

Pero, por sobre esas condiciones substanciales y formales, el autor de “La Buena Moza y el Toro”, posee otra, que es fundamental y poco común cualidad: el sentido del cuento. En estos relatos, el